

LIBROS

S. Stich, *The Fragmentation of Reason: Preface to a Pragmatic Theory of Cognitive Evaluation*, Cambridge, The MIT Press, 1993, 181 pp.

¿Por qué razonamos mal? ¿Es valioso tener creencias verdaderas? ¿Por qué rechazar el relativismo? Estas y otras preguntas que pueden parecer un tanto desafiantes son las que Stich intenta responder a partir de un marco teórico que rechaza para la filosofía cualquier proyecto que pretenda trascender los contextos particulares de las formaciones culturales e históricas.

En el capítulo 1 (“Something between a Preface and an Introduction”) se adelantan algunos temas del libro que luego se desarrollarán en más detalle; en particular, tomando en consideración la investigación empírica de algunos psicólogos cognitivos, Stich critica el proyecto epistemológico de la tradición analítica porque no podría dar cuenta de los errores de razonamiento que comúnmente se cometen en situaciones concretas.

En los dos capítulos siguientes discute y rechaza los argumentos de autores como Davidson o Dennett para quienes la completa irracionalidad es imposible. En el capítulo 2 (“Good Reasoning and Intentional Content: How Irrational Can We Be?”) critica, entre otros, el argumento de Davidson acerca de la imposibilidad conceptual de la irracionalidad completa. Stich coincide con C. Cherniak en que todo lo que se requiere de un sujeto para que lleve a cabo exitosamente cualquier tarea relacionada con el conocimiento es que posea un grado mínimo de racionalidad. A su vez, en el capítulo 3 (“Evolution and Rationality”) discute a los que —como Dennett— sostienen que la irracionalidad sistemática es imposible pero no por razones conceptuales sino empíricas: es incompatible con las teorías sobre la evolución. Según Stich, los argumentos que apelan a la evolución y/o a la selección natural para imponer límites a la irracionalidad presuponen que la evolución biológica ha producido el sistema inferencial del que disponemos sin la intervención del ámbito social que es independiente de la biología. El pluralismo cognitivo descriptivo que el autor pretende defender es un punto de vista coherente con los conocimientos biológicos y que, sin embargo, reconoce que las estrategias de razonamiento varían entre personas y entre culturas.

A partir del reconocimiento de las diferencias señaladas anteriormente, en los dos capítulos siguientes Stich se propone indagar sistemas alternativos de evaluación cognitiva. La cuestión de los alcances de la racionalidad aparece nuevamente en el capítulo 4 (“Reflective Equilibrium and Analytic Epistemology”). Al comienzo, Stich se pregunta qué es lo que separa a un buen sistema de conocimiento de otro que no lo sea y cómo se descubren y sostienen los principios normativos de la cognición. En este sentido, discute

los argumentos de Goodman que parten de la explicación de la noción pre-teórica de inferencia justificada y la interpretación que ofrece J. Cohen de las tesis de Goodman para poner en evidencia que la cognición sistemáticamente irracional es imposible. Después de criticar estas posiciones de la tradición analítica, Stich afirma que no hay garantía ninguna, ni conceptual ni biológica, de que el nuestro sea un buen razonamiento. Más aun, el hecho de que ciertas inferencias sean racionales y ciertas creencias estén justificadas carece de valores tanto intrínsecos como instrumentales. Salvo para quien —como el filósofo analítico— sea un chauvinista epistémico.

El tema continúa en el capítulo 5 (“Do We Really Care Whether Our Beliefs Are True?”), ahora respecto de la verdad de las creencias. Después de analizar varias posiciones acerca de la naturaleza de la creencia, Stich afirma nuevamente la falta de valor intrínseco o instrumental del hecho de que nuestras creencias sean verdades. Pero si esto es así, no es posible apelar a la verdad para explicar por qué son valiosas la racionalidad de los procesos cognitivos o la justificación de las inferencias.

El último capítulo (“A Pragmatic Account of Cognitive Evaluation”) está dedicado a la exposición de su propuesta que Stich inscribe en la tradición pragmatista. Discute con algún detalle las obvias objeciones de circularidad y de relativismo —que no le preocupa siempre que no se lo entienda como un “todo vale”— pero, aunque él mismo reconoce que lo que ofrece es apenas un esquema, este final deja muchas preguntas abiertas y resulta un tanto decepcionante. (Margarita Roulet)